

**LA SEMANA  
CÓMICA.**

**DIRECTORES**

LITERARIO. J. F. de la Reguera. ARTISTICO. Ramon Escaler.



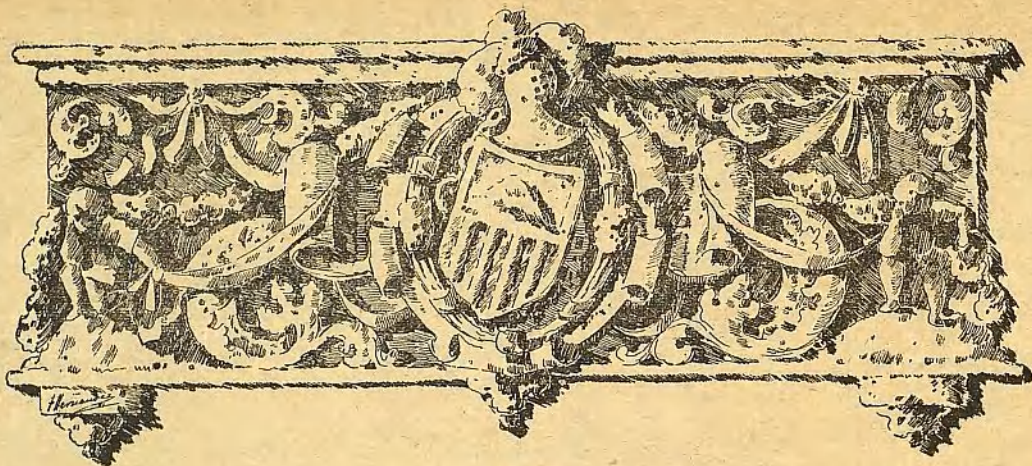
¡AQUELLA NIÑA!, por Escaler.



ADELINA SALA

Quien una vez admira su despejo  
con ella se encariña  
y dice, recordando su gracejo:  
¡oh qué niña tan rica *aquella niña!*





## LA SEMANA

### AQUELLA NIÑA...

Sí; aquella niña de gracioso andar, de silueta esbeltísima, de balanceo tentador, capaz, en fin, de marear á cualquiera, va á estrechar el vínculo amistoso de dos naciones, mejor que pudiera hacerlo un viejo y ducho diplomático.

Ante sus infantiles atavíos se darán la mano España y los Estados Unidos, como se empalmarán después la Exposición española del Centenario con la Exposición americana de Chicago.

Ligera y flamante cruzará los mares y vendrá hacia nosotros como regalo espléndido que nos hacen los norte-americanos, quienes han querido sin duda darnos el más indispensable para todo yankee: un *yacht*.

Y con tales y tan mortales señas, ya no dudará el lector que me refiero á la *Niña*, famosa nao, compañera de la *Pinta* y la *Santa Marta* en el descubrimiento colombiano, y reproducidas ahora por arte de birli-Beranger, las dos primeras en los arsenales norte-americanos, la última en los de la nación española.

¡Oh, poder de la arquitectura navo-arqueológica!

España y los Estados-Unidos, que á cada dos por tres amenazaban venir á las manos por un quitame allá esa isla de Cuba, se juntan ahora como dos colegiales amigos y se ponen á fabricar barquitos de papel.

Aquí haremos la *Santa Marta*, para que ruegue por nosotros y por los astilleros del Nervión.

De allí nos traerán la *Niña* arreglada y se encargan también de la otra carabela con objeto de que vean la *Pinta* los que aún no saben á qué carta quedarse en el asunto del centenario.

No podrán negar los Estados Unidos que fueron descubiertos por los puritanos.

En efecto, ¿qué mejor rasgo de puritanismo que el de regalarnos dos carabelas por nuestra

linda cara y en consideración á la problemática influencia que pudo tener el primer arribo á San Salvador con el primer desembarco en Nueva Inglaterra?

Pero á carabela regalada no hay que mirarle el diente.

Ello es que la *Niña* vendrá y que nuestra *Santa Marta* podrá decirle con el ángel: «Llena eres de gracia».

Para los americanos, la construcción de las carabelas es un recreo, un rato de expansión concedido á aquellos obreros cansados de blindar acorazados y de colocar obuses en las corbetas de los cañoneros.

Entre col y col, lechuga, decimos por aquí.

Entre acorazado y acorazado, carabela, deben decir los de la América Septentrional.

Para nosotros, la construcción de la nao que por el reparto nos corresponde, es un alarde orgulloso de suficiencia y de poderío.

En nuestros arsenales — podemos decir — se hace de todo, desde una embarcación arqueológica como la *Santa Marta*, hasta la última palabra en inventos navales, v. gr.: el famoso submarino; desde la canoa primitiva hasta el presumido caza-torpederos; desde el arca de Noé hasta el *Infanta Marta Teresa*.

Ya lo decía un sujeto, admirador de nuestra marina y aficionado á la forma poética libre:

Nada, que con esa nao  
y los buques de Bilbao  
y el recuerdo del Callao  
¡no hay quien se nos ponga al lao!

La Exposición de Chicago será el certamen de una nación rica y próspera que hace la apoteosis industrial del siglo.

La Exposición del Centenario es la triste mi-



rada hacia un pasado mejor que hará una nación flaca y empobrecida.

En aquella será todo modernismo y riqueza flamante; en ésta, curiosidades arqueológicas y restos del pasado.

Por eso los Estados-Unidos nos envían esos dos juguetes, á guisa de arras para nuestro enlace pasajero, y á cambio, sin duda, de las muestras que esperan de nuestro actual progreso por el certámen americano.

Nos dan reproducida la marina española del siglo xv. ¿Podremos enviarles muestras de la marina española del siglo xix?

Claro que sí; aunque sean muestras sin valor. Cualquier buque norte americano nos traerá á remolque la *Pinta* y la *Niña*.

Cualquier buque de la Trasatlántica puede

llevarles una copia del expediente del *Peral* y otra copia del contrato con la Sociedad anónima de los Astilleros del Nervión.

La escuadrilla de Colón, reproducida en el puerto de Palos, será más considerada por los buques extranjeros que los buques formales de nuestra escuadra.

Esta no se hará respetar por la fuerza ni por el número de sus barcos; aquella quizá sea admirada por lo que representa y por su valor artístico, ya que no por su valor guerrero.

Aquella *Niña*....

Sí, aquella *Niña* resulta más mujer á los ojos de todo español, que nuestras naves mayores de edad.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## AQUELLA NIÑA...

### I

—¿Es aquí dónde se admite un caballero con asistencia ó sin ella?

—Sí, señor: aquí es. Puede usted pasar.

La dueña de la casa era una señora con bigote, que me llevó al gabinete y me dijo, después de invitarme á tomar asiento:

—¿Ha visto usted el anuncio? Nosotras admitimos un caballero decente, porque yo tengo una hija y debo procurar, ante todo, que no vea malos ejemplos....

—Es natural.

—Porque mi hija, aunque me esté mal el decirlo, es una niña sin experiencia, y usted ya sabe cómo está el mundo.

—Sí; está bastante mal.

—De modo y manera, que yo no quiero alquilar la habitación al primero que se presente. He tenido buenas proporciones, pero no me han inspirado confianza. Ha venido un joven andaluz, que traía un flemón en el lado derecho, y por esto sólo me he negado á recibirle, porque los flemones indican cierta ligereza de carácter; después vino un sacerdote que se quería quedar con el cuarto, pero traía consigo un sobrino sospechoso, y tampoco quise admitirle. Después vino una señora con su perro... ¡Jesús! ¡Qué asco! Yo le dije que no quería señoras con animales domésticos, y ella se me insolentó y quiso darme en la cabeza con una butifarra, que traía envuelta en un papel.... Nada, nada: yo sólo alquilo el gabinete á un caballero estable y decoroso, porque tengo una hija que está empezando á vivir y no quiero que se extravié....

—Hace usted bien.

—Por primera vez en mi vida me veo en esos trotes, y si no hubiera sido por Eguilior, el ministro de Hacienda, otro gallo me cantara; porque yo solicité una viudedad, fundada en

que mi esposo murió á consecuencia de un golpe que le dió en un vacío un sobrino segundo de Sagasta, y me parecía natural que habiendo fallecido á manos de la familia del Presidente del Consejo, se me indemnizara con una pensión vitalicia; pero, no señor: no han querido concederme la viudedad y hoy tengo que buscarme la vida, alquilando este gabinete, que es precioso.... Mire usted, mire usted qué buenas vistas. En frente un guarnicionero, que canta todas las tardes, y debajo una salchichería, que despide un olor delicioso....

Doña Aniceta, que así se llamaba la patrona, siguió refiriéndome su vida y milagros, y convinimos, por último, en que yo pagaría por la habitación y asistencia treinta duros mensuales.

—Usted me parece una persona fina—me dijo—y no tengo inconveniente en admitirle en mi hogar; pero, ¡por la Virgen Santísima! acuérdese usted de que mi Telesfora es una niña inocente....

—Pierda usted cuidado.... ¡Pues no faltaba más!

### II

¡Qué mirada tan dulce la de Telesfora! ¡Qué sonrisa tan inocente! ¡Qué expresión tan sencilla y tan pura!

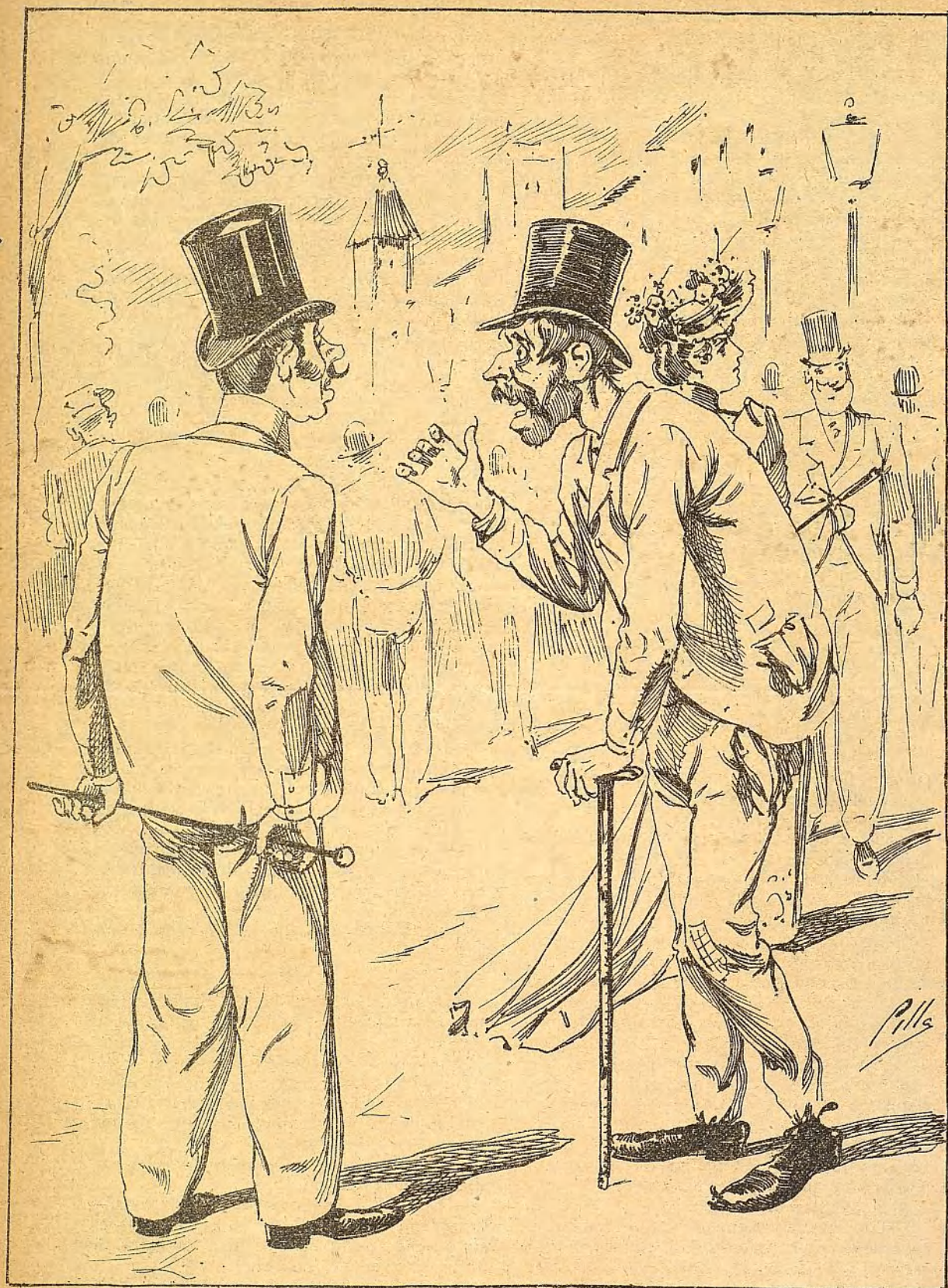
Yo no me atrevía á incomodarme cuando encontraba en la sopa un pelo de doña Aniceta ó cuando iba á vestirme y tropezaba con un tomate crudo dentro de un zapato. Lo único que hacía era decir á doña Aniceta:

—¡Señora, por Dios! No meta usted las hortalizas en mi calzado.

—Dispense usted—contestaba la patrona.—Es que me he servido de un zapato de usted para machacar esta mañana unos tomatitos. Se nos ha extraviado el almirez.

La presencia de Telesfora comenzaba á ha-





¡AQUELLA NIÑA!



LA SEMANA COMICA  
JUEGO DE INGENIO, por Fradera.



¡Aquella niña que me saltó un cohete el año 88, viendo los fuegos en la Exposición!



¡Rediós y como me ponía el pantalón aquella niña!



...y aquel entusiasmo, aquel ardor con que nos batíamos el 37, por aquella niña!

¡Vaya por aquella niña!



cerme cosquillas en el corazón. Era una joven ideal, que se ruborizaba por cualquier cosa y á quien había que tratar con toda la delicadeza posible. Una vez que me oyó decir «¡Carapel!» á consecuencia de un pisotón de doña Aniceta, la joven se ruborizó y tuvo que ocultar el rostro en los brazos de su mamá, que me dijo con acento de reconvención:

—¡Por Dios, caballero! Reprima usted su lenguaje.

Otra vez que Telesfora me sorprendió en el pasillo en mangas de camisa, y con un pie sin babucha, porque se me había extraviado, lanzó un grito de virgen ofendida y tuvo su mamá que aflojarle el corsé y darle tazas de tila para que se tranquilizara.

Si alguna vez venía á traerme el espejo ó el cepillo ó cualquier otro chisme indispensable, antes de entrar en el cuarto, preguntaba desde la puerta:

—¿Se puede?

—Adelante—contestaba yo.

—¿Está usted visible?

—Sí, hija, sí.

Y tenía que envolverme en la colcha ó esconderme detrás de una butaca, á fin de no herir la honestidad de Telesforita, que dejaba el chisme sobre la mesa de noche y echaba á correr, sin volver la cabeza.

—¡Qué criatura tan casta y tan interesante!—decía yo á solas.

Y pensé seriamente en unir mi existencia á la de aquella mujer incomparable.

Un hecho altamente significativo vino á resolver el asunto, y no pensé más que en la dicha de ser esposo de Telesfora.

Hallábase en el comedor haciendo arroz con leche, pues este era uno de sus platos favoritos, tal vez porque el arroz con leche viene á ser una especie de símbolo de la dulzura doméstica, cuando entró su mamá, diciendo:

—Telesfora, cuando acabes de hacer el arroz, ocúpate en repasar esto.

Y presentó á su hija unos calzoncillos de mi pertenencia.

—¡Horror!—gritó Telesfora palideciendo; y cayó de bruces sobre la mesa, introduciendo las narices en el arroz.

—Sí, sí—me dije á solas.—Esta chica es un ángel y yo debo hacerla mi mujer. Sin ningún género de duda.

### III

Nuestras relaciones marchaban viento en popa. ¡Qué relaciones tan castas y tan interesantes!

—¿Me quieres?—la preguntaba yo en momentos de deliquio amoroso.

—No me lo preguntes, porque me da mucha vergüenza—contestaba Telesfora, tapándose la cara con la cestilla de la costura.....

### IV

Una tarde..... una tarde Telesfora y yo nos mirábamos como dos jilgueros inocentes, sentados el uno frente al otro.

—Tilín... tin... tin...—hizo la campanilla de la escalera.

—¿Quién será?—dijo Telesfora.

—Ahora lo sabremos—contesté yo, dirigiéndome á la puerta.

—No te molestes...

Pero ya había yo levantado el pestillo

Una mujer entró en la habitación con malos modos, gritando:

—¿A quién le dejo yo este chiquillo?

—¿Un chiquillo?—exclamé asustado.

—Sí, señor: el niño de la señorita Telesfora.

—¿Qué está usted diciendo?

—¿Pues qué? ¿No sabe usted que ha tenido una criatura con un *tiniente*? Y lo peor es que hace dos meses y medio que no me pagan la manutención, y vengo á dejarlo.....

Telesfora se tapó la cara con el tapete de la mesa del comedor.

¡Aquella niña... aquella niña candorosa y pura había tenido un chiquillo con un teniente de la reserva, casado y feo!

LUIS TABOADA.

## AQUELLA NIÑA...

En un ojo (el izquierdo) tenía Berta una nube tan grande como una espuerta, que tapaba su niña completamente, por pudor, según dijo no poca gente.

Por el ojo derecho la entró Garrido, hombre pintiparado para marido, y éste, que la quería mucho por cierto, quiso verle la niña del ojo tuerto.

Hizo para lograrlo dos mil locuras, llevándola á los baños, dándole unturas, poniéndola inyecciones de chocolate, frotándola los ojos con un tomate.....

¡qué se yo cuántas cosas!.... Y en suma, nada, pues la niña seguía tan *recatada*.

Ya, por fin, un famoso veterinario, que era un disipa-nubes extraordinario, la cojió por su cuenta, la dió un ungüento, alejó aquella nube, pero al momento, y ambas niñas Garrido miró en su esposa, que, al quedarse sin nube, quedó preciosa.

Consecuencia inmediata, caros lectores: le salió una caterva de adoradores, que, como ella era alegre de nacimiento, fácilmente lograron su infame intento.



Y el marido exclamaba desesperado:  
—«¡Bien se estaba la niña con el nublado!  
¿Qué haré yo, Virgen Santa, para que Berta  
otra vez en un verbo se quede tuerta?»  
A un pintor de ventanas, de Calanocha,  
fué y le compró albayalde, barniz y brocha,  
y una noche que, hermosa, sobre su cama  
Berta dormía libre de toda escama,  
en baja voz Garrido dijo gozoso:  
—«¡Ahora verás, infame, lo que es tu esposol

¿Qué me importa que el ojo se te destiña?»  
Y tapó con seis nubes aquella niña.

Satisfecho has quedado, pobre inocente;  
pero escucha un consejo muy conveniente.  
Para que en adelante vivas tranquilo,  
ya que te hace tu esposa sudar el quilo,  
conserva las pinturas, ¡y no te hartes  
de irla poniendo nubes por todas partes!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

## AQUELLA NIÑA...

Hízose corro junto al anciano;  
prestaron todos gran atención  
y de los labios del veterano  
surgió pausada la narración.  
—Eran los tiempos en que Cabrera  
del Maestrazgo supremo rey,  
nos perseguía con saña fiera....  
¡Horda salvaje sin Dios ni ley!  
Salí una noche yo de avanzada  
con seis ó siete soldados más,  
y por la orilla de una cañada,  
unos delante y otros detrás,  
llegamos todos á una colina;  
nos encontramos á un pelotón.  
«¡Viva Don Carlos!» «¡Viva Cristinal»  
¡Fué una espantosa detonación!  
Yo no vi nada, rodé en el suelo;  
sentí en mi pecho cierta humedad;  
alcé los ojos, miré hácia el cielo  
y al Dios Eterno pedí piedad.  
Yo no sé el tiempo que estuve inerte,  
mas cuando pude volver en mí,  
entre las sombras que dá la muerte  
vi una doncella cerca de mí.  
De grana y rosa sus labios eran  
y sus cabellos de áureo color;  
eran sus ojos de los que esperan  
para cerrarse besos de amor.

Sus níveas manos, en sangre tintas,  
me levantaron de aquel talud  
y á mis cansadas fuerzas estintas  
dieron el brío de la salud.  
Cuidóme en casa dos largos meses,  
siendo un portento de caridad.  
Mas de la guerra tras los reveses,  
parti una noche de su heredad....  
Dióme la niña por relicario  
un rizo suyo que yo guardé;  
sirvióme el rizo de escapulario;  
fué mi defensa cuando peleé.  
Y cuando al cabo cesó la guerra  
y alla en Vergara todo acabó,  
yo presuroso dejé mi tierra,  
por ver la niña que me salvó.  
Y halléla, siempre dulce y sabrosa,  
que me esperaba llena de afán,  
y enamorada, ciñó una rosa  
á mi uniforme de capitán.»  
—¡Oh dulce niña! todos dijeron.  
¡Ángel del cielo debiera ser!  
Felices todos los que la vieron.  
Y el viejo dijo:—La vais á ver....  
Y.... entró una anciana tan imposible,  
que estremecida la reunión,  
juzgó el poema cosa risible,  
dando al demonio la narración.

José M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## AQUELLA NIÑA...

Indudablemente la lluvia lenta y silenciosa  
que caía incesante, desde por la mañana, de un  
cielo gris nos había revuelto á todos la nostalgia  
y la conversación tardó algo en trabarse. Cuan-  
tos nos sentábamos en torno de la alborotada  
mesa del rinconcito próximo á la escalera del  
billar, nos mostrábamos aquella noche sombríos  
y tristes, y el ayer surgió por modo espontáneo,  
como si los recuerdos que reposan dormidos en  
el corazón se hubieran exacerbado de pronto  
saliendo de su dulce sueño... Uno rompió el fue-  
go, contando á propósito de cualquier suelto  
leído en un periódico yo no sé que historia pa-  
sada, y cada cual soltó la suya, versando la ma-

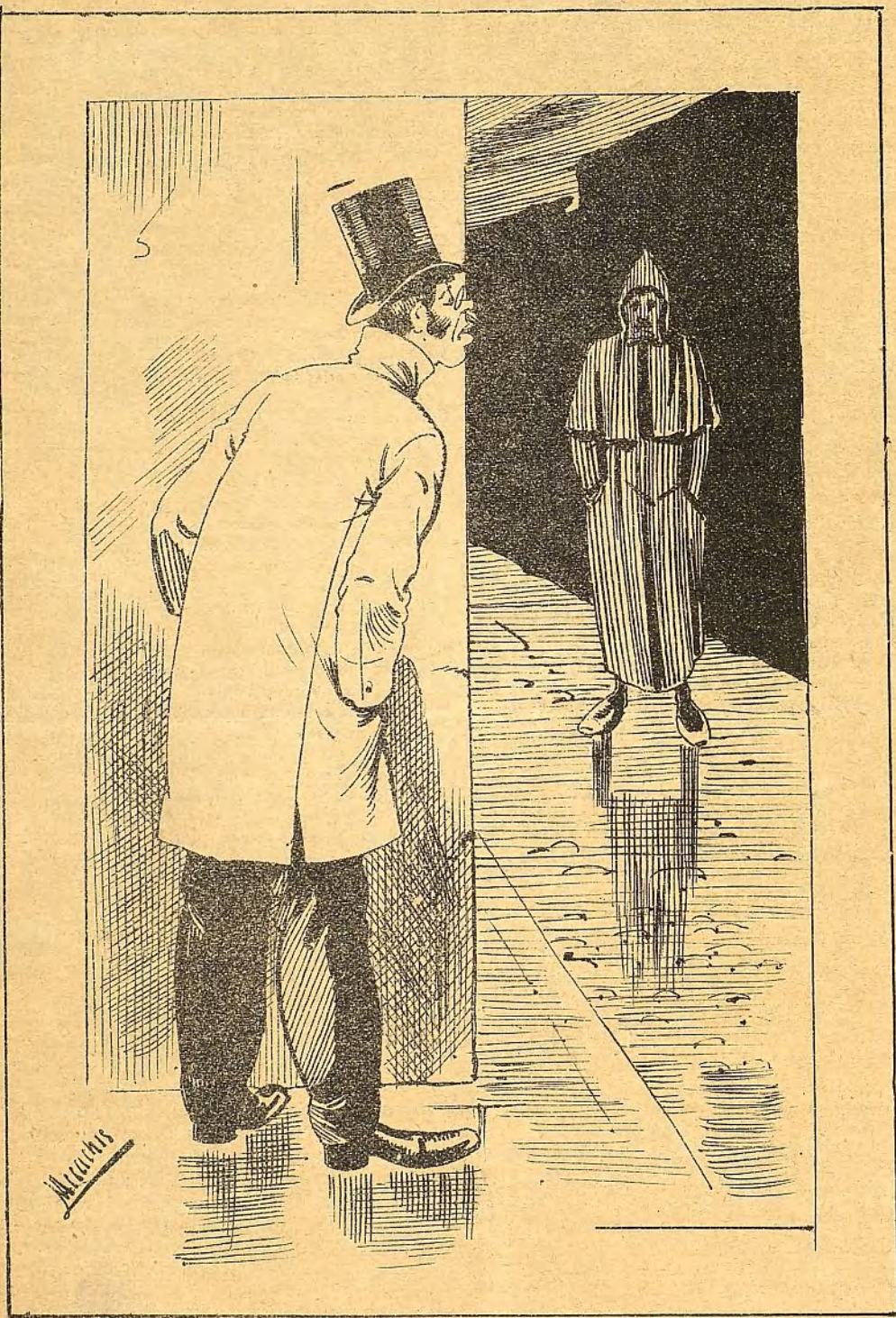
yoría sobre el eterno tema de los veinte años, en  
que la juventud vive con los brazos abiertos  
atraída por un deseo: la mujer...

Amores con patronas románticas; amores bu-  
cólicos y realistas, de pueblo y de ciudad, con  
la novia del país y con la modistilla de la corte,  
amores prohibidos, en vedado, cuanto constitu-  
ye el idilio del corazón prendado de la carne  
con la vehemencia del placer, joven nunca sa-  
tisfecho, salió allí á relucir, relatándose las más  
estupendas aventuras... Adolfo, el antropólogo  
asceta, el misántropo hundido en las abstraccio-  
nes de las modernas ciencias naturales, buscan-  
do con el escalpelo y el microscopio la verdad



LA SEMANA COMICA

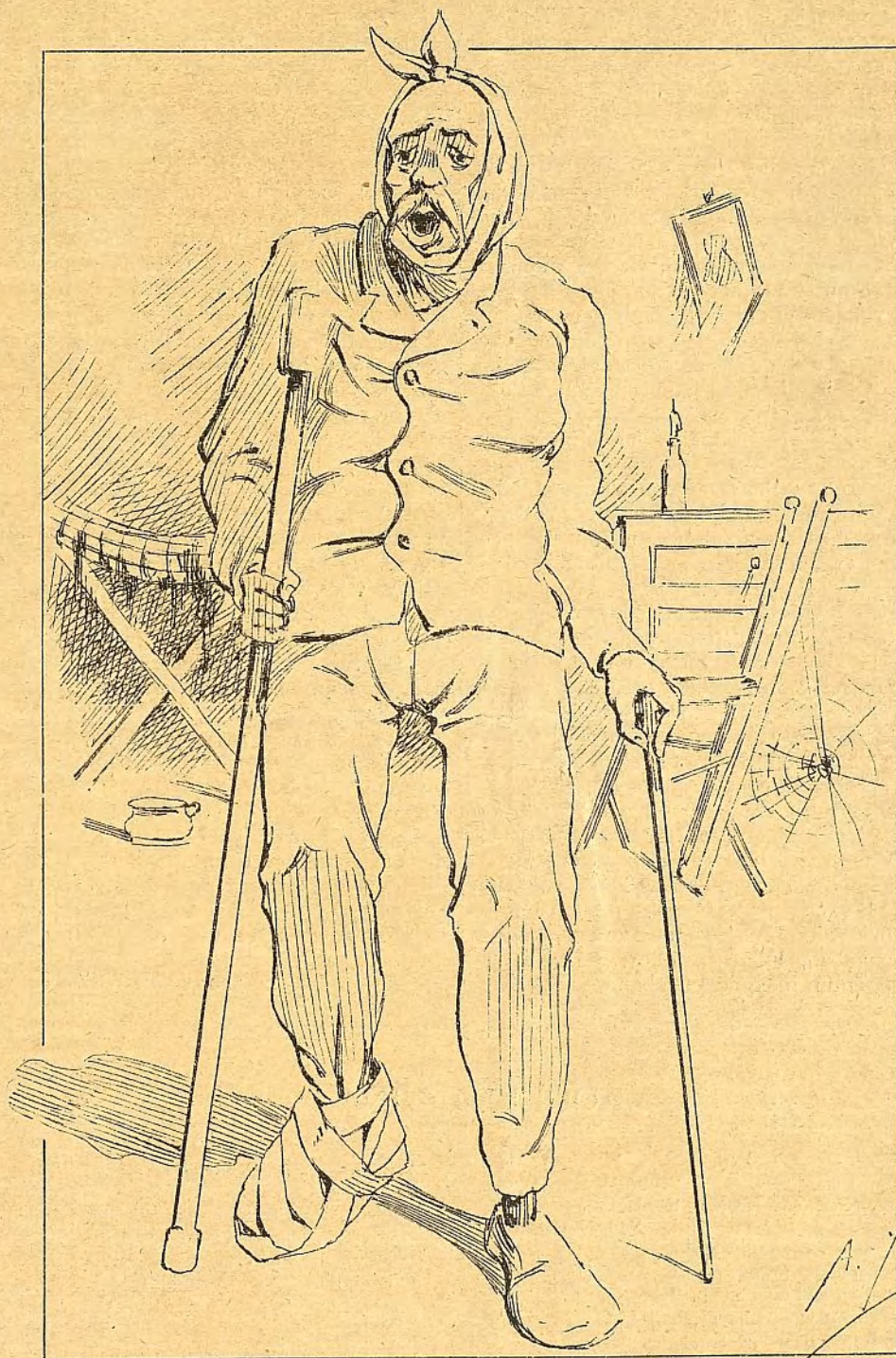
JUEGO DE INGENIO, por Mecachis.



¿Qué me riñe y se enfada? ¡Qué me riñe!  
Es uno, así, tan pillo y tan travieso...  
¡Oh! ya llega, ya llega aquella niña,  
y apenas llegue ¡zás! le doy un beso.



LA SEMANA COMICA  
JUEGO DE INGENIO, por Figuer.



¡AQUELLA NIÑA!



psicológica, el médico enamorado de la evolución, el místico de la materia, no se escapó de la contribución improvisada y pagó también su tributo... Su voz temblaba al hablar y su rostro pálido y sus ojos muertos resplandecieron con un extraño fulgor al tomar la palabra; se le conocía que lo que refería brotaba derecho del alma: era un recuerdo que al retoñar renovaba una herida...

—Os contaré la historia del único billete de mil pesetas que he visto en mi vida—nos dijo.  
—Desde entonces los aborrezco con un odio africano...

Le contemplamos con asombro, y él, sin parar mientes en nuestra estupefacción, siguió después de tomar un sorbito en su copa de cognac:

—Desde el balcón de mi cuarto dominaba yo en absoluto el piso de enfrente, y por lo estrecho de la vía, distinguía con bastante detalle todo el interior del gabinetito; entonces me preparaba yo para optar a una plaza de alumno interno, y salvo las horas de clase, me pasaba el día en casa estudiando... Por tal circunstancia, andaba muy en autos de lo que acontecía en la calle, y sin haberle dirigido la palabra, ni tratarla poco ni mucho, era yo íntimo amigo de mi vecinita...

No se me olvidará nunca aquella niña. Yo no he vuelto a encontrar nada tan inefable... Llegaría a lo sumo a los doce años; unos doce años rubios, blancos, transparentes, alados, con algo de ángel en la persona... A primera vista, inspiraba una simpatía suprema, una atracción singular: y se la contemplaba con el deleite dulce y suave con que se considera una tórtola o un capullo... Pero lo que más me llamaba la atención, era el aislamiento en que la jovencita vivía... En mis largas horas de estudio exploraba aquel gabinetito de enfrente... Siempre estaba sola la pobre criatura... Gracias a un canario muy turbulento y a un gato muy enredador que la acompañaba... Fuera de ellos, se pasaba la existencia en un inexplicable abandono, porque

la atrayente criatura habitaba el pisito con su madre...

Pronto me percaté de lo que en aquellas alturas de enfrente acontecía... La madre, una viuda joven, una matrona fresca y espléndida, levantábase tarde, almorzaba y se iba a la calle prendida como una reina... Jamás salía con su hija... La pobre niña se quedaba en la casa trabajando, cosiendo, en el hogar yerto, no calentado por ninguna caricia pura. Más de una vez vi correr sus lágrimas, que no secaba nadie... Al encender las luces regresaba la descarriada madre, cuando regresaba, que muchas veces comía fuera... Por la noche, al retirarse, venía siempre con un hombre que no solía ser el mismo, que subía a la casa y que no volvía a bajar...

Una noche... ¡Mozo, más cognac!.. (La voz del antropólogo había enronquecido arrollada por una emoción cada vez más creciente...) Una noche de verano la arrogante dama tornó con un atildado señor en los decadentes peldaños de la senectud... La estación mantenía abiertos los cristales... Oía a la diosa caída de aquella mansión llamar en voz alta, con apremio, a alguien pronunciando un nombre de mujer, en diminutivo... luego se acercó al balcón y cerró las vidrieras y las maderas... No pude ver nada; pero la imaginación sobrecogida de espanto penetró en el gabinete y adivinó lo que no distinguía con los ojos... Al día siguiente la espléndida deidad, en cuanto se levantó, todavía en bata, despeinada, sin alifarse, se puso a examinar detenidamente a la luz un billete de mil pesetas... Como siempre, se marchó después de almorzar; y su ángel, sola, solita, se pasó toda la tarde llorando.

Una vulgaridad, ya veis—concluyó el narrador al notar el efecto de su relato.—El recuerdo de aquella niña no se me olvidará nunca... ¡Pobres criaturas, a las que su misma madre arrastra al abismo!.. ¿Qué han de hacer de sus alas?..

ALFONSO PEREZ NIEVA.

## AQUELLA NIÑA...

### I

—¿No se encuentra V. bien?

—No: me parece

que va a darme un vahído....

Y la niña de pronto palidece y cae en una silla, sin sentido.

Amigos y parientes la rodean y mil medios emplean para que vuelva en sí: le dan fricciones en las sienes y frente, y una dama la afloja prontamente el corsé, con debidas precauciones, para que el elemento masculino no sienta algún deseo clandestino.

La obligan a aspirar sales y esencias, la gente no reposa y al cabo, tras de tantas experiencias, vuelve en sí, fatigada y ojerosa.... y la escena narrada anteriormente se suele repetir diariamente.

### II

Cierto día la niña me explicaba lo mucho que sufría, pues remedio no hallaba a aquella excitación en que vivía.

—Creo ver un fantasma que me acecha y me prepara entre las sombras lazos



y caigo al fin en ellos, y me estrecha  
con un horrible esfuerzo entre sus brazos.  
—¿El fantasma la abraza?

—Pues está V. salvada.  
—¿Es posible?

—¡No sabe V. que *un clavo*  
*saca otro clavo*?

—¡Claro! eso he oído.  
—Pues, aunque de inventarlo no me alabo  
me hallo á ejercer de *clavo* decidido.  
Si tan sólo un abrazo, en sus quimeras,  
es causa de sus males  
la doy yo dos abrazos *materiales*,

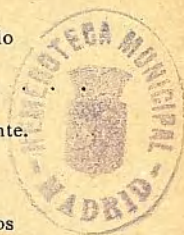
dos abrazos de veras,  
y le prometo á V. que de este modo  
se aliviará del todo.

Probó la niña concienzudamente  
y no ha vuelto á tener otro accidente.

## III

¡Ay! Me valí de aquella socaliña,  
poniendo en ella todos mis sentidos  
y el resultado ha sido... *aquella niña*  
que ahora tiene tres meses no cumplidos.

ANTONIO L. RUIZ.



## AQUELLA NIÑA...

## I

Jugábamos en la playa  
cuando la tarde moría,  
y eran todos nuestros juegos  
y era toda nuestra dicha,  
sentados en una peña  
con las cinturas ceñidas,  
seguir con la vista el vuelo  
de las negras golondrinas,  
que tan pronto se bañaban  
en la mar verde y tranquila,  
como, tocando las nubes,  
en el cielo se perdían;  
ver como en lluvia de plata  
las olas se deshacían  
dejándonos en los labios  
gusto de sales marinas;  
y envueltos en el perfume  
acre y fresco de la brisa,  
teniendo el mar á los pies,  
con su arrullo de armonías,  
y el vacío espacio enfrente  
y el cielo azulado arriba,  
ver como el sol á lo lejos,  
igual que un ascua encendida,  
dorando las verdes aguas  
se apagaba ó se escondía.  
Aun, cuando cierro los ojos,  
estoy viendo á aquella niña,  
con sus trenzas como el sol  
que á lo lejos se ponía,  
con sus ojos como el cielo,  
con su voz que aún me acaricia,  
¡más rubial... ¡más sonrosada!..  
¡más alegre!.. ¡más bonital..

## II

Mi pobre madre, enlutada  
y pálida y afligida,  
vistiéndome un traje negro,  
me dijo llorando un día:

—Vamos á decirle adiós  
á la Virgen de la Ermita  
y á rezarle por tu padre  
y á pedirle por tu vida,  
porque vamos á marcharnos  
á otra aldea más bonita.  
—Y papá ¿también vendrá?..  
—¡Sí, también vendrá, alma mía!  
¡Pero el cielo está muy lejos..  
y tardará muchos días!..

No me habló en todo el camino...  
y llegamos á la Ermita.  
De hinojos ante la Virgen,  
estaba allí aquella niña...  
¡más rubial... ¡pero más tristel..  
¡más pálida! ¡más bonital..

## III

Cuando rezamos, me dijo  
mi pobre madre afligida:  
—Díle á la Virgen adiós  
y díle adiós á esa niña.

Y me acercó á ella, y delante  
de la Virgen de la Ermita  
nos besamos en las bocas  
con las cinturas ceñidas,  
y se volvió á arrodillar  
cruzando las manecitas  
y al marcharnos se quedó  
rezando allí todavía,  
¡más rubial... ¡pero más tristel....  
¡más pálida!.... más bonital....

## IV

¡Como juega con las hojas  
el huracán de la vida!....

Cuando era más delirante  
el bullicio de la orgía,  
y era más dulce el champañ,

y eran mas locas las risas,  
y los cantos más alegres,  
y más triste la alegría,  
viendo al entrar tenderse á ella  
los brazos y las sonrisas,  
y dando brillo á las luces,  
y deslumbrando á la vista,  
en el salón elegante,  
dando á la belleza envidia,  
cogida al brazo de un hombre,  
entró un día aquella niña.  
Brindaron todos, brindaron  
por la diosa de la orgía  
y ella á sus labios de rosa  
llevó la copa bruñida,  
envuelta en reflejos de oro,  
como el sol de aquellos días,  
y dijo con su voz dulce  
como el canto de la brisa:  
—Porque pueda yo encontrar,  
para tener una dicha,  
una arena que tiré  
al fondo del mar un día.  
¡Aun me parece que estoy  
mirándola todavía!  
¡más rubial! ¡pero más tristel....  
¡más pálida! ¡más bonital....

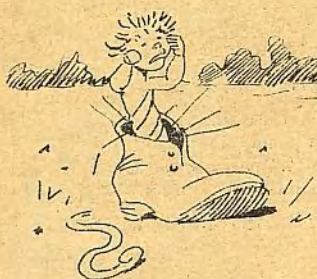
## V

Agarrado á los barrotes  
de hierro de la capilla,  
hundiendo en ellos la frente  
clavando dentro la vista,  
envuelta en un cendal blanco,  
monton de carne podrida,  
he visto en el hospital,  
muertecita, á aquella niña,  
¡más rubial! ¡pero más tristel...  
¡más pálida! ¡más bonital....

MARCIAL DE LOS RIOS.



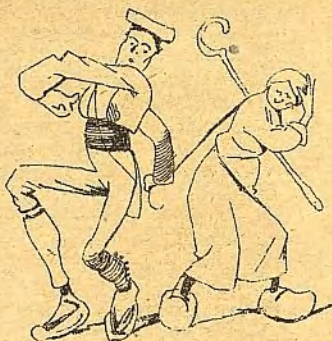
LA SEMANA COMICA  
JUEGO DE INGENIO, por Lago.  
¡AQUELLA NIÑA!..



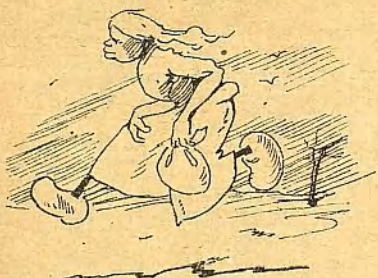
La encontró en una viña, abandonada.  
un pastor de los campos de Moncada



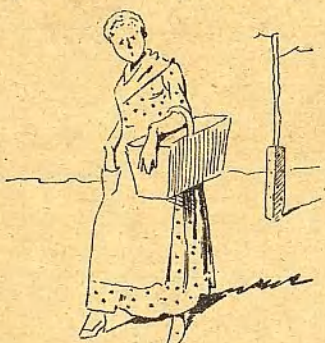
Guardando viñas, pjaras y rebaños  
pasa la chica sus primeros años.



Tantas pruebas de amores  
la dan aquellos cándidos pastores.



que la chica, rabiando,  
cogió el petate y se marchó pitando.



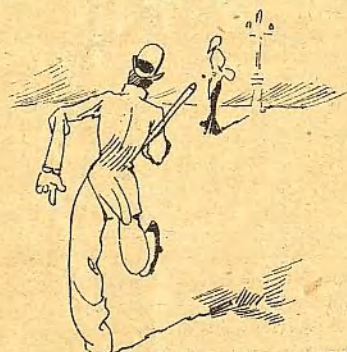
Ya en la ciudad, la chica, que no es rica,  
decide convertirse en *po-bre chi-ca*.



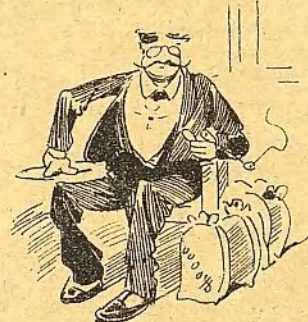
Y como es regular,  
se busca un complemento militar.



A poco sienta plaza de modista,



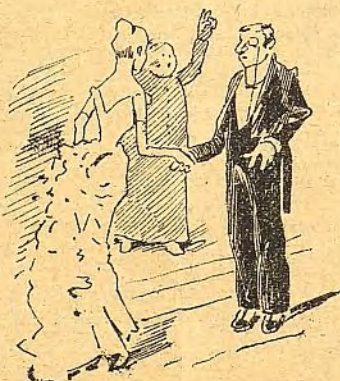
realiza una conquista,



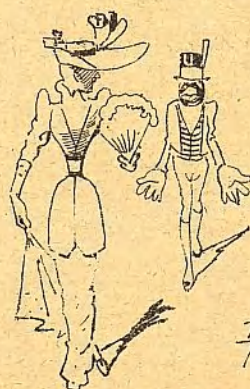
—conquista de un gomoso millonario  
rico, feo, tontón y estrafalario.



Quien, muerto por su gracia y sus *achares*,



la lleva á los altares.



¡Y esta es *aquella niña*  
que se encontró un pastor en una viña.







## ¡AQUELLA NIÑA!

Fué mi pesadilla, mi tormento.

Tenía rubia la cabellera abundante y rizosa y suave.

El limpio azul de sus ojos podía competir con el del firmamento en un día sereno ó por lo menos vigilante de primera clase.

Su boquita era una monada, un estuche de coral que encerraba dos sartas de perlas.

Un beso de Venus había sido indudablemente el padre del hoyuelo que partía su barbilla.

Había en su cutis la suavidad del terciopelo, la tersura del raso, los tintes de nácar y oro de la Aurora, así como sus manitas y sus piesecitos eran preciosos dijes, y sus movimientos tenían la gracia de la plumada paloma y la ligereza de la gacela implume, dicho sea con permiso de Balaguer.

Su voccecita, de inflexiones ora acariciadoras, ora enérgicas, casi siempre desentonadas, pero constantemente graciosas, llegaban al alma produciendo en ella el efecto de la brisa primaveral en el cuerpo, esa sensación agradable que causa el céfiro tibio y perfumado del mes de mayo, cuando han pasado las manifestaciones más ó menos anarquistas y entra la primavera en el pleno uso de sus derechos.

En suma, aquella niña era el prototipo de lo bello, de lo puro, de lo angelical.

Y sin embargo, según he dicho al principio, era mi pesadilla, una pesadilla horrible que convertía en horas de tormento las que yo al reposo pretendía consagrar; que amargaba mi existencia como el acíbar había amargado mi boca en la lejana época del destete; que me hacía, á mí, hasta entonces el más feliz de los mortales, uno de los más desdichados desde que

la vi por vez primera  
cruzar por la enramada.

Porque cruzando por la enramada la vi la primera vez.

Ella tenía siete años.

Yo también, pero multiplicados por cuatro y con un par más de añadidura, lo cual vale tanto como decir que había cumplido los treinta.

Y *sin embargo*, estaba enamorado como un estudiante sensible.

Mi *ella* era alta, morena, de negra y sedosa cabellera y con unos ojos á la vez veneno y triaca, incentivo y estorbo del deseo, porque tenían la atracción del abismo é inspiraba pavor el aproximarse á ellos, pues parecían ostentar por divisa: *tras mí, la inmensidad*.

No tenía padre ni madre ni más parientes, amigos ni conocidos que... ¡aquella niña!

Juntas iban por el Retiro; las vi, las seguí y las amé, así como suena.

Imaginéme que ella sería viuda.

No quise pensar ni que fuera casada, lo cual representaba un obstáculo de presente, ni que fuese soltera, lo que significaba un obstáculo de presente, de futuro y de todos los tiempos habidos y por haber.

Porque es de saber que aquella niña había dirigido la palabra varias veces á mi *ella*, llamándola... ¡mamá!

Supe donde vivían ambas, volví, paseé la calle varias veces, hice el oso, en una palabra, y cuando creí que ya había hecho bastante el susodicho animal, me resolví á ser persona.

Persuadido de la inutilidad de tomar lenguas, como no sean de ternera, al darme por suficientemente enamorado y recibiendo ánimos de algunas discretas demostraciones de mi Luisa (así se llamaba), presentéme en su casa de golpe y porrazo... ó campanillazo, que es más propio.

Salió la criada, y tras ella la niña que apenas me vió metióse adentro gritando:

—¡Mamá!... ¡Aquí está ese caballero que te hace cocos!...

Pasé á la sala, Luisa salió, cubiertas aún las mejillas por el rubor que la produjo la exclamación de la pequeña y... yo me ví en el mayor de los aprietos para exponer la causa de que me hubiese atrevido á ir allí.

Por fortuna y por desgracia, la entrevista fué de corta duración.

—Señora—comencé yo á decir—usted extrañará sin duda que me haya atrevido... cuando tal vez no haya pasado mucho tiempo desde la muerte de su esposo...

Luisa me miró con asombro y me interrumpió:

—¡Mi esposol...

—Eso he dicho... Supongo que usted no será casada...

—No, señor.

—Luego debe haber muerto su marido...

—Tampoco: soy soltera.

¡Soltera y aquella niña la llamaba mamá!...

No quise saber más.

Púseme en pié y procurando adoptar un continente digno, dije con frialdad:

—Usted dispense, señora... Me he equivocado... y me retiro.

—Pero, caballero...

En aquel momento entró la niña y acercándoseme, se dispuso á darme un beso...

—¡Dáselo á... tu mamá!—dije yo rechazándola brutalmente.

Y salí de la casa, como alma que lleva el diablo, sin poder apartar de mi imaginación á aquella dichosa niña.

Yo estaba verdaderamente enamorado, y de consiguiente, mi decepción fué espantosa.



¡Cuántas veces maldije á aquella niña y á su madre, como si una y otra fuesen culpables de mi desdicha!

Siempre pensativo, cabizbajo y triste siempre, desde que el terrible desengaño mató en flor las ilusiones que había concebido, huía de todos los sitios donde hubiera gente y, cuando me resolvía á dar un paseo, buscaba los lugares más solitarios.

Un día, sin saber por qué, volví al Retiro; mas apenas hube advertido que estaba en puesto frecuentado, apresuréme á tomar por una desierta senda.

No bien lo había hecho, cuando sentí que me tiraban de la cazadora.

Volvíme y me hallé de manos á boca con... ¡aquella niña!

¡De qué buena gana la hubiera estrangulado!

Sin duda mis ojos la debieron revelar algo de lo que pasaba en mi alma, porque retrocedió dos pasos; pero muy luego se repuso y me dijo con su vocería aflautada:

—¡Malol!... ¡Conque creíste que tía Luisa era mi mamá!... Yo la llamo así porque la quiero

mucho... Mis papás y los suyos murieron en Murcia el año ochenta y cinco, de aquella enfermedad que mataba tanta gente... Ella me recogió, porque es muy buena, y me cuida, me mantiene, me viste, me da besos... No es como tú, que no quisiste abrazarme... El día que te marchaste, me dijo: ¡Te cree mi hija y por eso se vá!... Entonces yo te llamé, pero tú no me oíste y ella me hizo callar, por yo no sé que cosas de dignidad y de vergüenza y... en fin, que no lo entendí... Pero desde aquel día está mala y yo vengo á pasear con una de las muchachas, porque me lo ha mandado el médico, para que yo no caiga también... Te ví y pensé: «Pues á mí no me da vergüenza decirle que la tía Luisa no es mi mamá...»

¡Apenas fué beso el que la dí!

Hace un año que Luisa es mi esposa y hace otro tanto tiempo que en vez de mi pesadilla, contribuye á que sea completa mi felicidad con sus inocentes caricias y con sus graciosas ocurrencias *aquella niña*.

E. BLASCO.

## CHIRIGOTAS

Aquella niña...

¡No pueden Vds figurarse la jaqueca horrible que hace ocho días está dándome *aquella niña*!...

Primero, fueron los dibujos de Cilla, *Mecachis* y *Meliton González*, que me obligaron á aplazar la publicación del anunciado juego de ingenio, para esta semana.

Hoy es el exceso de original, que me obliga á dejar para otro día la publicación de un artículo y cuatro poesías escritas todas, con el tema consabido, para el presente número.

Ahora es el trance de escribir *Chirigotas* con el título dichoso.

¡Dígoles á Vds, que á cualquier hora vuelvo yo á meterme en estos trotes!

—¡Hola, director!

—¡Adios, Llanas. (Este Llanas es Alberto Llanas, el salerosísimo é inimitable escritor y autor dramático).

—¿Quiere Vd. dar cuenta de una rareza que, por estar relacionada con Bretón, es casi de actualidad?

—Hombre, no sé si podré... En el número próximo, todo se ha de titular *Aquella niña*... ¿Y qué es ello?..

—El influjo que en el autor de *Garín* ejerce siempre el número 9. Empezó *Los Amantes de Tíriel* un día 27. Suma de las dos cifras: 9. Vino á Barcelona á estrenarlos y el wagón en que vino tenía el n.º 234. Suma: nueve. Abre el círculo del Liceo una suscripción que produce 13.500 pesetas (1 y 3, 4 y 5: nueve) ó sean 2.700 duros (dos y siete: nueve) ó sean 54.000 reales, (cinco y cuatro: nueve.) Le dan sus admiradores un banquete en el Continental y al banquete asisten 72 comensales. Sume Vd: 7 y 2: nueve.

Y no acaba aquí...

—Bien: pero ¿cómo publico yo eso relacionándolo con el título de *Aquella niña*?

—Siendo «*Aquella niña*» la casualidad...

Y forzada es la cosa y traída por los cabellos. Pero... ¡qué diablitos! de algo hemos de hablar.

—Oiga Vd., director.

—Diga Vd., señor lector.

—Ya tiene Vd. tema para otra *Chirigota* sobre *aquella niña*...

—¿Y cuál es la niña?

—El nuevo ministro de Hacienda de Italia.

—¡Hombre!

—Si señor: ¿no ha reparado Vd. en que se llama Elena?

—Sí, pero también tenemos aquí en análogo ministerio á Concha y....

—¿Y qué?

—Que no es natural, entonces, que tratemos de *aquella niña*; sino de esta, de la de aquí, que es la que nos interesa y nos ha de sacar el jugo, Dios mediante...

—¿Ve Vd. á *aquella niña*?

—Si señor.

—Pues es natural.

—¿El qué? ¿que yo la vea?

—No señor: quiero decir que es hija de D. Fulano, que es casado, y de D.ª Zutana, que no lo es. ¡Con que me parece que más *natural*!

La niña es ahora Irene Alba; *aquella niña* que hace dos meses llegó á Barcelona, sin *bombos* que la precedieran, humilde, modesta y desconocida, es hoy una de las tiples favoritas del público barcelonés.

El lunes celebró su beneficio y cosechó aplausos y regalos en grande.

Junte usted, á las demás, la enhorabuena que postrado á sus plantas le presento.

¡Y olé ya por las tiples de talento que son gala y ornato de la escena!

Imp. «La Ilustración», á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, núm. 168.—Barcelona.





[AQUELLA NIÑA]



## ANUNCIOS



**LA SEMANA CÓMICA**  
PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos  
y los más celebrados dibujantes.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona. . . . .	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera. . . . .	Semestre. 5

— NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS  
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO —

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.



## RON BACARDÍ

PREPARADO POR

**BACARDI Y C.<sup>A</sup>**

Santiago de Cuba.

— PROVEEDORES DE LA REAL CASA —

Pídase en todos los Colmados, Cafés y Ultramarinos.

**WENCESLAO PONS**

BOTERS, 8. — BARCELONA